PG7297
.U78
A16

860

JESÚS URUETA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

CONFERENCIAS

Y

DISCURSOS LITERARIOS

Ofrecemos en este número las primicias de un nuevo libro de don Jesús Urueta. Del conjunto de su labor oratoria que allí pasará dignamente al sitio que merece en las letras mexicanas, el autor, con toda generosidad, ha entresacado las piezas de este volumen que aparecen unidas por el mismo espíritu literario que a todas ellas anima.

Parte de los trabajos que publicamos ha sido objeto de entusiasta admiración y ha circulado profusamente; pero la otra parte, si no inferior en mérito sí casi desconocida por lo raro de los periódicos en que apareció, puede ser considerada como inédita.

FONDO
SALVADOR TOSCANO
101982

31517

Nombre prestigioso de los anales de nuestra oratoria, no somos nosotros, obreros de los más jóvenes panales, quienes tenemos derecho de presentarlo a los lectores, antes él, con una muestra de cordialidad que mucho estimamos, nos honra otorgándonos su compañía, y permitiéndonos incluirlo en esta colección, que de fijo quedaba incompleta sin la figura de nuestro orador representativo.

La Dirección.

Dollar

PANEGIRICO

del maestro Ignacio M. Altamirano pronunciado en la Cámara de Diputados la noche del 7 de junio de 1893, ante la urna en que fueron depositadas sus gloriosas cenizas.

Al Sr. Lic. D. Joaquín D. Casasús con la promesa de hablar algún día más dignamente del Excelso Mexicano.

Señoras y Señores:

Un hombre menos y un deber más. Ahora que la muerte, esa forma de la vida universal, ha dado al Maestro la eterna juventud de la gloria; ahora que sobre la Urna sagrada el amor de un pueblo desborda sus lágrimas, sus flores y sus estrofas, la Patria se ha engrandecido, porque a sus recuerdos luminosos se junta un recuerdo nuevo y a sus aladas esperanzas una nueva esperanza. Los grandes escalones del progreso son lápidas: la muerte de Esquilo es una ascensión de Grecia al Ideal; la muerte de Tácito es una ascensión de Roma a la Justicia. Todo se aprovecha en el laboratorio fecundo de la naturaleza: de las cenizas de Alta-

mirano se exhala el alma magnífica del poeta, se difunde como una esencia, en la atmósfera, y la respiramos como se respira un ramillete de versos inmarcesibles; se trasmuta en savia que enflora con paraísos nuestra fantasía y se convierte en fuerza que empuja nuestros anhelos hacia la libertad! Es de nosotros; hoy más que nunca, lo sentimos más cerca que antes, porque se ha disuelto en la conciencia nacional preparando, con la legión de sus discípulos amantes, las grandes creaciones poéticas del porvenir. Ya el amor hizo su obra. Altamirano ha resucitado. Podemos decir con la unción y la fé de los evangelistas, las palabras sagradas: "El Señor está con nosotros!"

El nombre del Maestro se ha ligado definitivamente a nuestra historia, a nuestra literatura, a nuestra libertad. Ha dejado admirables fragmentos de vida social: lienzos clásicos de poderoso colorido, viriles estatuas de magestad helénica, gestos de combate en frases fulgurantes, actitudes de triunfo en cláusulas altivas, duros pérfiles del conquistador y macizos bronces del insurgente. El documento histórico, en manos de Altamirano, cobraba vida: una línea, un adjetivo, una raspadura, tornábanse en la expresión de una idea nueva, de un sentimiento original, de un carácter desconocido. Sabía, como pocos, leer en una ruina: los pensamientos que vagan entre las grietas de la pasada historia, las pasiones que palpitan bajo sudarios de olvido, los festivales que han dejado risas eternas y luces inextinguibles en el ritmo radiante de una poesía mutilada, los gritos de pelea dormidos como leones en la montaña,

las glorias del martirio y del heroísmo, reverdeciendo a cada primavera en las guirnaldas que se enredan con el amor de la esperanza en los brazos implorantes de las cruces, los renglones de granito borroneados por la lluvia y el polvo o desarticulados por los dedos espinosos de la hiedra salvaje, tenían para Altamirano una voz y una revelación, la voz de toda una raza clamando justicia y la revelación de toda una historia demandando culto!

No era Altamirano un filósofo que basándose en las penosas compilaciones del erudito clasifica los materiales, coordina los hechos con lógica tranquila, los agrupa y harmoniza con el análisis paciente y seguro, y de generalización en generalización establece y fija en fórmulas abstractas las grandes leyes de la historia. No escudriñó las almas como Taine, desarticulando los pensamientos y desligando las pasiones para buscar los gérmenes de la locura o del genio; no fué un psicólogo profesional que estudiara, con el rigorismo del método científico, las múltiples influencias que los ríos, las montañas, los bosques, los cielos claros o sombríos, los climas que enervan o que tonifican, ejercen sobre el alma de un pueblo, y las continuas alteraciones que sufre al través de los tiempos la personalidad de los progenitores, que pugna por conservarse en la descendencia con el vigoroso esfuerzo del instinto. Altamirano procede más bien de Michelet, el gran "paisajista" de la historia: era un poeta de profundas intuiciones que sorprendía, que adivinaba dentro de las apariencias y las formas, la vida real, palpi-

tante y característica, con las costumbres, los trajes, los perfiles, los colores, los elementos todos que esteriorizan el espíritu insomne de los grupos humanos. Para él, como para Carlyle, la historia era el esplendor poético de las actividades humanas, el desfile triunfal de los guerreros, el heroismo, la epopeya. Pensaba que todos los esfuerzos de la humanidad se concretan y se personifican en una serie de tipos, grandes de inteligencia, de sentimiento o de voluntad, que dominan y regulan, desde su gloria, incesantes transformaciones de la vida colectiva. Sabía caracterizar una fisonomía en lo que tiene de íntimo y un escenario en lo que tiene de esencial, con una sola frase concisa, brillante, definitiva, inolvidable. En lugar de las abstracciones áridas, encontraréis en él las imágenes fecundas; en vez de las tesis laboriosamente desarrolladas, las evocaciones vivas y claras de la existencia. Poseía en alto grado la facultad de reconstruir las cosas pasadas y de resucitar a los hombres muertos. De su espíritu salían animadas las grandes figuras con una vida alucinante; y al conjuro de su palabra estallaban los dramas infinitos del dolor humano. Tenía la imaginación del dramaturgo: distribuía la acción histórica en una serie de dramas compuestos con todo el arte de la escena, como si los destinara a representaciones teatrales. Tenía también la imaginación del pintor: decoraba admirablemente el medio en que se movían sus personajes, con un sentido exacto de las épocas y con una visión nítida de las localidades. Sus conversaciones estaban llenas de croquis encantadores, de deliciosas caricaturas, de limpias acuarelas; sus cátedras eran museos de telas exhuberantes y orgiásticas como las de Rubens, dolorosas y patéticas como las de Delacroix, serenas y olímpicas como las de Pablo de Verona. En todo pintor hay un dramaturgo, en todo dramaturgo hay un pintor. Muchos de vosotros asististeis al maravilloso espectáculo, en la Sala del Liceo Hidalgo donde algún tiempo dió sus lecciones, de contemplar la divina Athenas surgiendo de la palabra imaginipotente del Maestro, con la blancura armoniosa de sus templos y de sus estátuas; con sus mujeres que arrastraban sus peplos cadenciosos bajo los pórticos de mármol; con sus diosas que desgranaban la risa de la bacanal, con timbre de oro, en los palacios del Olimpo; coronándose de violetas y apurando el vino que exalta la elocuencia y pone mágicas palabras persuasivas en los labios, en los banquetes hablaban de la Belleza pura, del Amor perfecto y del Espíritu eterno; con sus coros de vírgenes y efebos que cumplían los ritos de Harmonía danzando y cantando bajo los zarcos cielos que envolvían con sus sonrisas infinitas el festival de la belleza y de la gracia, mientras flotaban en el horizonte, como cabelleras de inmortales, los celajes rubios de la tarde, y las olas de seda del Mediterráneo mecían en sus vaivenes las rimas que expiraron en los labios de Orfeo.....

Y cuando escribía sobre nuestro pasado, cuando hablaba de nuestros héroes, sus evocaciones eran terribles y sagradas; Altamirano se transfiguraba entonces en vengador, y su frase tenía suavidades de plegaria para el indio vencido y entonaciones de bíblico anate-

ma para los vencedores iberos. El genio de Altamirano como historiador nacional, es el odio, el odio noble y legítimo del que se siente maltratado y despojado injustamente por la brutalidad de la fuerza. El marcado predominio de la sangre india que circulaba en las venas de este hombre de cabellos lacios, de barba rala, de tez obscura, de ojos guerreros color de obsidiana, le impidió comprender los beneficios de la Conquista. Para él la Conquista sólo fué un crimen, un enorme crímen inexpiable de los "salvajes blancos". Su palabra silba como la honda que golpeó en la frente de Moctezuma; sus páginas vibran con el rabioso vuelo de las flechas que en los combates obscurecían el cielo de Anáhuac, y su dialéctica desesperada pugna por arrojar a la execración y a la infamia a Cortés, con el heroico esfuerzo de los brazos del indio que intentó lanzarlo a la muerte desde la terraza del sangriento teocalli. Por el odio son tan elocuentes sus imprecaciones al soldado bárbaro que deteriora un arte, que saquea una historia, que mutila una civilización; por el odio son tan certeras y tan venenosas sus ironías contra el fraile y el rábula de la Colonia; y por el odio que incendia sus páginas de historia son tan vigorosos los tipos, tan trágicas las perspectivas, tan ensordecedores e implacables los combates. Altamirano por herencia y por temperamento, tuvo el don de penetrar a la conciencia íntima de su raza, de sorprender y de compartir los sentimientos de nuestros antepasados; y con su pasión, con su fanatismo, con su tenacidad y con su arte logró fijar, en admirables estudios y en caldeados discursos,

los caracteres perdurables del pueblo vencido que marcan con un sello de gloria y de dolor, a través de la historia, el alma de la nacionalidad mexicana. Altamirano era un "aparecido" azteca: veía con tristeza los volcanes de su valle que, como colosos impotentes, ya no ostentaban sobre sus cascos de nieve el esplendoroso penacho de fuego. Y con el arte que le enseñó España dió vida a la historia de su raza revistiendo los huesos inertes de carnes inmortales y trocando las frías cenizas en formas luminosas; con el arte que le enseñó España, puesto de rodillas y las manos juntas, dijo sus rezos tan suaves y tan místicos a los manes de la Patria; con el arte que le enseñó España fundió en una biografía de bronce heroico la valiente figura de Morelos; con el arte que le enseñó España proyectó los resplandores de la Hoguera como un nimbo de transfiguración en la frente del guerrero méxica y como un espectro de dantesco castigo en la frente del guerrero español. Con el arte que le enseñó España maldijo a España. Casi olvidó el idioma de sus padres, tan inútil en la nueva lid como la frágil flecha, y fué un maestro en el uso de la lengua castellana, briosa como los corceles, resistente como las corazas y sonora como las artillerías. Y emprendió la lucha, ruda y tenaz, contra España, contra la España intelectual y moral, contra la idea española, contra la aspiración española..... Hizo bien, porque dentro de su alma clamaba la sangre de una raza, gritaba el dolor de un pueblo que sufrió todas las crueldades de la Conquista y todas las degradaciones del Régimen Colonial. El in-

dio despedazado por el Conquistador y esclavizado por el Encomendero se erguía en la altivez de Altamirano con un supremo esfuerzo; y Altamirano, sintiendo la médula de sus huesos calcinada por el martirio de Cuauhtémoc y sus espaldas azotadas por el látigo del amo, sacudía como una cimera la melena lacia, en sus ojos guerreros flameaba la venganza como el rayo de "Tonatiuh" en los tajantes de obsidiana, de su boca amarga y elocuente salía la frase de pelea maravillosamente armada, su gesto dantoniano desgarraba, golpeaba, mataba, y el orador audaz y temerario se volvía un héroe en las alturas de la tribuna trepidante..... ¡Ay! pero el indio rodaba, como siempre, vencido, a la muerte y a la gloria!.,.....

El estudio de la historia condujo a Altamirano al estudio de las grandes literaturas, que son la expresión suprema del espíritu humano dignificado por la contemplación y ennoblecido por el ideal. Comprendió que el genio no es un milagro de las retóricas sino un producto del heredismo y del medio, y que una literatura no es un vano capricho de la caprichosa imaginación, sino la fórmula artística de un estado moral. Las costumbres retraídas, la religión paroxismal, el amor místico, determinan el arte atormentado que llena los lienzos de las iglesias de mártires exangües y de madonas neuróticas, que cubre con sayales las estatuas macilentas de los visionarios extenuados por el ayuno y el flagelo, y da a la poesía inflexiones ardientes de psalmo y acentos lastimeros de miserere. Las costumbres francas, la religión risueña, el amor desnudo y sano, determinan la fresca pintura de las carnes espléndidas, la estatuaria lozana de las formas inalterables, la poesia deslenguada y chispeante que, ceñida de pámpanos y gorjeando gracias, celebra en versos opulentos los gloriosos imperios de Dyonisos y Afrodita. Poseía Altamirano una facultad de selecto linaje: sabía admirar. Amaba todas las manifestaciones de la belleza, las más opuestas, las más extrañas, las que florecen, gigantescas y morbosas, en el abrumador oriente misterioso, y las que, harmoniosas y nobles, del mármol pario se lanzan a los espacios de la vida en la diáfana Grecia. El severo historiador, el defensor inflexible y fanático de su raza, tocado por la caricia de la belleza humana, volvíase dúctil, sumiso, amante. Era muy versado en las venerables letras clásicas; y en el libro, en la tribuna, en la cátedra, en la conversación —esta era su mejor cátedra—a todas horas y en todos los lugares, comentando una obra nueva, recorriendo con la vista un periódico, leyendo un anuncio de teatro, arrojaba a puñados, en el espíritu atento y ávido de los discípulos, los granos de oro de su inmensa cosecha.

Fué un maestro y trabajó contra la escuela, porque en la escuela estaba entronizado el precepto. Altamirano odiaba las tiranías intelectuales. El precepto es la negación de todo arte libre, el desconocimiento de toda crítica positiva, porque no hay una sola forma de belleza, porque no son iguales las imaginaciones, porque no son idénticos los temperamentos. El precepto ha condenado a Shakespeare, a Hugo, a Lope.....

El precepto se personifica en la figura hierática del académico y este tipo farfulla y vanilocuo, era predilecto de la sátira de Altamirano. Cuando la envidia de algunos y la intransigencia de muchos lo arrojaron de la escuela, abrió cátedras libres en su casa, en los liceos, en las alamedas: rodeado de amigos y de discípulos, leía los versos epicúreos de Horacio perfumados como la cabellera de Lálage, declamaba las cláusulas de Tito Livio compactas como legiones imperiales, rompía su plática con algún chiste aristofanesco, volcaba violetas jónicas sobre la belleza de una mujer, abría la jaula al enjambre de sus recuerdos, y llenaba sus pausas con la sonrisa complacida del maestro y la mirada afectuosa del amigo.

En vano buscaréis en su poesía las dolorosas confesiones de una alma enferma, los análisis penetrantes y agudos del sentimiento complexo y de la idea sutil, que tan extraño encanto dan a los versos de los últimos románticos de la decadencia francesa. Sus rosas no envenenan con aromas exóticos; sus paraísos no son artificiales; su Musa no es la inquieta, la febril Psicología. En el cuento y en la novela, escritos con galanura y facundia, Altamirano es un narrador sencillo y tierno que nos deleita y nos conmueve sin hacernos pensar mucho y sin hacernos sufrir demasiado, desarrollando argumentos que suelen ser un poco pueriles en medio de cuadros de la naturaleza que son siempre frescos, luminosos y vivos. Su verso, a veces perezoso y a veces ráudo, refleja, como una ancha y noble corriente de aguas limpias, las montañas, los bosques,

los cielos y las glorias de la Patria. Algunos fragmentos líricos de Altamirano parecen un eco del suavísimo Luis de León, por la mansedumbre del acento y la quietud del espíritu; y otros, los heroicos, suenan metálicos y vibrantes como los clarines de Quintana celebrando las proezas de Pelayo.

Como historiador, como maestro, como poeta, siempre llevó en el alma la imagen de la Patria y siempre tuvo en los labios el nombre de la Patria.

Señores: Que esta hora de recogimiento y de oración en torno de las cenizas de Altamirano se nos cuente entre las horas buenas, entre las horas dignamente vividas! Oh, Maestro! oh, amigo! la Muerte, que es la primera justiciera, porque tiene un poder absoluto contra el mal y porque no tiene poder ninguno contra la virtud, te ha depurado, aniquilando lo que de tí debía morir y exaltando lo que con tu recuerdo vivirá siempre; y ya no vemos sobre tu cabeza el gesto rígido del tigre que mostraba los colmillos en el casco de los guerreros aztecas, sino un reflejo luminoso y amante del alma caritativa de Las Casas! En cada uno de nosotros se agita el infinito de las vidas pasadas y palpita el infinito de las vidas futuras; todos recibimos y obedecemos inspiraciones que vienen de muy hondo, de muy lejos.... Tú, amigo y maestro, nos inspirarás muchas veces en las luchas sagradas; y aun cuando trabajemos contra tu obra, y los espíritus superficiales digan que te desconocemos, bien sabes que se engañan, y si de esa manera vamos más pronto a la justicia, a la verdad y al amor, oiremos tu voz que nos aprue-

ba y miraremos tu sonrisa que nos alienta! "Si hay un lugar,—diré con el severo Tácito que amabas,—si hay un lugar destinado a los manes del hombre virtuoso; si como piensan los sabios, las grandes almas no se extinguen con el cuerpo, reposa en paz; y, elevándonos, a nosotros que somos tu familia, sobre los vanos duelos y las pusilánimes lamentaciones, llámanos a la contemplación de tus virtudes!"

ENSAYO SOBRE LA TRAGEDIA ATICA.

A la memoria de Santiago Sierra.

—Pero, entretanto, amigos míos, ¿en dónde se dice que Athenas está situada?—Lejos de aquí, hacia el Occidente, bajo los últimos fuegos de Helios.—¿Y es esa la ciudad que tantos deseos de conquistar tiene mi hijo?—Ciertamente, porque entonces toda la tierra de Hellas quedaría sometida al Rey.—¿Abundan, sin duda, en ese pueblo los guerreros?—Es un ejército que ya ha causado innumerables males a los Medas.—¿El arco y la punta de la flecha brillan en sus manos?—No; usan la lanza para combatir a pie firme y se abrigan con el escudo.—¿Qué jefe los gobierna y manda el ejército?—No son esclavos de ningún hombre.

ESKYLO.—Los Persas.

Has llegado, Extranjero, a la más venturosa región de la tierra, al país de los bellos caballos, a la blanca Kolona, en donde los melodiosos ruiseñores gorjean en los frescos valles, bajo la hiedra obscura y la sagrada fron-